

Esto era mas de lo que necesitaba D. Guillen para con-
vinar un plan que le diese el resultado que apetecia.

Poco trabajo le costó saber quién era el que acompañaba á la señora, y menos hacer amistades con él.

El Señorito fué muy pronto el amigo de confianza de Domingo, que así se llamaba aquel hombre, y era un moceton español candoroso y franco, incapaz de cometer una mala accion; pero tambien incapaz de ponerse á cubierto de las acechanzas de un truhan como D. Guillen.

—Si pudieras acompañarme mañana—le dijo un dia el Señorito—te llevaria á visitar á unas muchachas como unos soles.

—Toma!—contestó el otro—y bien que puedo, que mi perro vicio es visitar.

—Son tres, pero á cual mejor; tocan la vihuela, cantan y bailan, vaya que es una bendicion: qué salero y qué garbo de las currutacas.

—Bonitas, ¡eh!

—Lindas! cuando yo te digo que valen la plata....

—¿Y alegres?

—Como unas pascuas, y aquí en secreto te diré que tú como español vas á caer parado con ella.

—Toma! ¿con que les agradan los españoles?—dijo Domingo esponjándose como un pavo.

—Y bien, ¿qué no sabes que dicen aquí las muchachas: *camisa de Bretaña y marido de España?*

—Aguardo; yo no quiero nada de matrimonio.

—Tonto; si no se trata de matrimonio, sino de *gustar* allí un rato; son unas mulaticas que no hay qué pedir.

—Con que mulaticas, ¿eh?

—Sí.

XIX.

En donde se refiere de qué manera consiguió el Señorito lo que deseaba.

DON Guillen de Pereyra, con un nuevo traje y enteramente raturado, parecia otro hombre. Habia rejuvenecido diez años, y su aspecto era mas bien el de uno de tantos *estudiantes perdularios*, que el de un hombre de sociedad; ademas, él procuró que los vestidos estuvieran en consonancia con el papel que queria representar.

Una vez equipado de esta manera, comenzó á rondar la casa de D^a Inés, sin temor de ser ya conocido por ella.

Su objeto era informarse de las costumbres de la dama, y ya con uno, ya con otro de los criados, logró averiguar que D^a Inés salia poco de su casa; pero que tenia por costumbre ir cada dos ó tres dias de visita á la casa del Sr. oidor D. Frutos Delgado.

Supo, ademas, que á esta visita se hacia llevar, como acostumbraban algunas damas, en silla de manos, y que la acompañaba un paje ó rodrigon con un farol.

- Pues apuradamente que me muero por las mulaticas.
- Ya verás, ya verás.
- Y cuándo me llevas?
- Mañana, no te dije.
- Bueno, bueno; ¿y á qué hora?
- A las nueve de la noche.
- ¡Demonio! aguardo!
- ¿Qué te sucede?
- Demonio! que mañana no puede ser, hombre.
- ¿Y por qué?
- Porque mañana le toca salir á la señora de visita.
- ¿En la noche?
- En la noche, y yo la acompaño.
- Que vaya otro.
- ¡Cál! si solo en mí tiene confianza.
- Hombre, ¡qué malo está eso!
- Para otro dia....
- Imposible! si ya les prometí que ibas mañana, y Juanita no hace sino preguntarme todo el dia: ¿cuándo viene D. Domingo? cuándo viene D. Domingo?
- Toma! ¿quién es Juanita?
- La mas jóven, la que no tiene cortejo, cuenta ahora diez y seis años, y es una real moza, tan alta, tan garbosa, ¡con unos piesitos y unas manos! ¡y qué ojos! ¡qué ojos, negros y grandes como los de un venado, y que alumbran, alumbran.
- ¿Y la boca?—dijo Domingo lamiéndose los labios.
- Como un clavel; los labios como una amapola de rojos, y los dientes ¡como una sarta de perlas; aquella boca huele á rosa.

- ¿Y dices que me espera?
- Y con ansia, porque yo la he dicho.... ya te podrás figurar lo que le he dicho.
- Hombre, ¿cómo haremos?
- Dime á qué hora sale la señora de su casa.
- Salimos á las ocho, en cuanto comienza la plegaria de las benditas ánimas.
- ¿Y luego?
- La llevamos á casa de su señoría el oidor.
- ¿Y luego?
- Luego, allí se está ella hasta las diez y media, y la traemos.
- Y mientras?
- Mientras, yo y los lacayos dormitando al pié de la escalera, da la hora, baja ella, y sin decir palabra se encaja en la silla, enciendo mi farol, y á casa.
- Entonces el negocio está arreglado.
- ¿Cómo?
- Vas á dejar á la señora, te espero en la puerta de la casa, y mientras ella está en su visita, tú en la tuya; dan las diez y vuelves á esperarla.
- Pero hombre una hora es poco para mí.
- Mira; si estás contento, yo voy á acompañar á la señora en tu lugar, si te parece que ella no lo advertirá.
- Toma! no advertirá nada, que á esa hora ni me ve, mientras ella monta en la silla, yo voy á encender el farol al cuarto del portero.
- Entonces, arreglado.
- Bien, mañana á las nueve en la casa del señor oidor.
- No faltaré.
- Como era natural no se le dificultó al Señorito entre sus

conocidas encontrar unas muchachas de alegre vida, que se comprometieran á pasar por sus recomendadas, y ni una trigueña buena moza que quisiera representar el papel de la mentada Juanita.

El oidor Delgado vivia por la calle de San Francisco, y por la Alameda las muchachas que el Señorito se habia proporcionado.

Llegó la noche; D^a Inés entró á la casa del oidor, y Domingo salió inmediatamente en busca de su amigo.

El buen hombre se habia acicalado como para hacer una conquista; D. Guillen le esperaba en la puerta.

—¿Vamos?—dijo Domingo.

—Vamos!—contestó el Señorito.

Y echaron á andar.

Durante el camino, siguieron las alabanzas de las damas, y sobre todo, de Juanita, á la cual pintaba D. Guillen como una conquista muy difícil, pero ya casi enamorada de Domingo.

Llegaron á la casa; las muchachas aleccionadas y pagadas por D. Guillen, recibieron perfectamente á su víctima y comenzaron como el boa, á fascinarlo.

Domingo cayó como un niño en el garlito, y media hora despues era hombre perdido, y ni pensaba siquiera en su ama.

Pero á medida que avanzaba él en su negocio, avanzaba la noche.

De repente le llamó el Señorito.

—¿Te vas?—le dijo—son las diez.

—Tóma! ¿y pierdo lo aventajado?

—Sí, veo que has conseguido lo que nadie; está ya *borracha* la Juanita.

—Casi, casi.

—Tienes gran fortuna con las mujeres.

Domingo sonrió con fatuidad.

—Entonces, voy á desempeñar tus veces, y sé feliz.

—Dios te lo pague; me quedo.

Domingo se volvió á entrar y el Señorito salió á la calle y se dirigió á la casa del oidor.

No era cierto que fuesen las diez, pero á D. Guillen le convenia que su amigo estuviera ya sin cuidado, porque las muchachas debian entretenerlo á cualquiera costa toda la noche.

El Señorito entró á casa del oidor y les dijo á los lacayos:

—Domingo no viene y voy yo á acompañaros en su lugar.

Como los lacayos sabian la amistad tan grande entre Domingo y D. Guillen no estrañaron esto.

—Como que ese pícaro está en una casa con unas muchachas como estrellas, ¡y buenos vinos! aquí le saqué de ventaja una botella: daremos un trago á su costa.

—Veamos—dijo un lacayo.

—Pero aquí no; no nos vean los amos, en la calle.

La invitacion se aceptó tácitamente, y los tres salieron fuera del zaguan.

Allí comenzaron á beber, y muy pronto se agotó la botella.

—Aun quedó mas—dijo D. Guillen sacando una segunda.

Los lacayos, que comenzaban á turbarse, dieron tras la segunda, y luego tras la tercera: D. Guillen iba prevenido.

Entonces ya aquellos dos desgraciados estaban incapaces de moverse.

D. Guillen les dió todavía mas, hasta que los dejó como dormidos.

—Arreglados—esclamó, y sacando un pequeño silbato, lo hizo sonar suavemente.

Como evocados por un conjuro, al oír aquel silbato, dos hombres aparecieron de entre las sombras.

D. Guillen habló en voz baja con ellos, y los tres entraron á la casa del oidor y se sentaron al pié de la escalera.

El portero, que en esta hora fiaba la custodia del zaguan á los criados de D^a Inés, descansaba sin pensar en ellos.

Sonaron las diez y media y á poco bajó por la escalera D^a Inés, enteramente cubierta con un manton.

Los dos hombres que habian llegado con D. Guillen ocuparon el lugar de los lacayos, y la dama sin verlos casi se entró á la silla, mientras D. Guillen encendia el farol en el cuarto del portero recatando su rostro con el sombrero.

D^a Inés se recostó en su asiento, corrió las cortinas de las ventanillas, y se dejó conducir indolentemente.

El Señorito con el farol en la mano salió de la casa del oidor seguido de los hombres que conducian la silla.

Al salir vió á los dos borrachos que yacian en el suelo como dos troncos.

Entretanto Domingo se estaba creyendo como á dos pulgadas de distancia de la puerta del paraíso.

XX.

En que se llega al fin de esta verdadera historia.



A silla de manos conducida por los hombres que seguian á D. Guillen marchó por las calles de San Francisco, hasta la plaza principal, allí pasó por el puente que se llamaba de Palacio, y se dirigió para la calle de la Merced.

Como D^a Inés vivia en una calle inmediata al Colegio de San Gregorio, no le pareció que habia caminado mucho; ademas, las cortinillas iban corridas, y ella no se ocupaba de ver para la calle en razon de que como entonces no habia alumbrado en México, todas las calles parecian iguales en la oscuridad.

Así llegaron hasta la casa en que habia vivido el marqués de Medina.

Un hombre embozado hasta los ojos en una gran capa negra esperaba en la puerta, y al ver llegar al Señorito preguntó:

—¿Viene?